

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA BELLEZA
Bonfin, 10 de agosto de 1964

Los humanos desean toda clase de cosas imaginándose que les aportarán la felicidad, pero en cada deseo está el reverso de la medalla... La sabiduría consiste, pues, en saber qué deseos son los que no producen efectos contrarios a aquéllos que nosotros esperábamos. Mirad, por ejemplo, la belleza. ¿Qué mujer no desea ser bella? Pero la belleza trae también consigo muchos inconvenientes.

La belleza puede hacer mucho bien, porque tiene el poder de inspirar, de elevar el alma humana hasta unas alturas extraordinarias. Pero ¡ay!, no siempre es el caso: como los hombres están llenos de deseos inferiores y de codicias, con su belleza la mujer remueve a su alrededor todas las capas del plano astral, todos los hombres le lanzan llamas y fuegos que no son demasiado puros, y ella se encuentra bañada en una atmósfera polucionada por deseos insatisfechos. Todo lo más espeso, lo más viscoso, se proyecta sobre ella y, a menudo, la mujer, que no es inteligente ni está instruida, se deja devorar por todos los puercos.

Porque, desgraciadamente, esto es verdad: las chicas más bonitas raramente son inteligentes, sólo cuentan con su belleza, ¡y están tan vacías interiormente! Parece como si la belleza se conservara mucho mejor si no se hace ningún esfuerzo. Cuando se empieza a trabajar, a reflexionar, ¿comprendéis?, la belleza se estropea un poco. Una mujer bella no quiere estropear su belleza, y se pasea, se exhibe para atraer a algún millonario que trabaje para ella. Si tiene que lavar la ropa o limpiar, va a estropearse las manos. Y leer, estudiar, reflexionar, tampoco ayuda a la belleza. Preguntad en una tienda a una chica fea y os

informará sobre todo. Pero, si os dirigís a una chica bonita... "No sé, Señor." Ni siquiera sabe lo que se vende en la tienda. Está sólo como figurante para atraer al público. Mientras que la que no es bonita no se siente con ventaja, por eso cuenta con su trabajo, con sus esfuerzos.

Sí, y hasta los hombres muy guapos son a menudo tontos, aplatanados, están vacíos, mientras que los más inteligentes, los más capaces, tienen los rostros un poco deformados, asimétricos. Cuando el tronco y las ramas de un árbol están torcidos, prueba que este árbol ha encontrado grandes dificultades para crecer; ha querido vencer a todo precio los obstáculos para subsistir, se ha debatido en todos los sentidos, y esta lucha se refleja en su tronco y en sus ramas. De la misma manera, encontramos a seres mal proporcionados, asimétricos, pero ¡qué dones, qué talentos! Eso prueba que ellos también han pasado a través de condiciones muy difíciles que han logrado vencer. Desgraciadamente, lo que han desarrollado a menudo son las cualidades intelectuales y la voluntad, en detrimento de la bondad y de las cualidades morales. Han concentrado todas sus energías para triunfar, recurriendo a los cálculos y la rapacidad y, de esta manera, han deformado su rostro. La belleza habla más de las cualidades morales que de las cualidades intelectuales. Sí, esto es algo que no sabéis. Las personas que son bellas no siempre son muy inteligentes, e incluso, a menudo, están bien dispuestas a ser almas cándidas que serán comidas, y bien comidas, por otras personas - que son menos bellas - pero que saben desenvolverse mejor.

La belleza tiene mucha más afinidad con la bondad que con la inteligencia. Diréis: "No es verdad, yo he conocido a mujeres muy bonitas que eran verdaderos demonios." No, es que no sabéis observar, porque cuando se mira a este tipo de mujeres, detrás de la belleza de sus rasgos se puede sentir algo turbio, astuto, egoísta, y no se trata, pues, de la verdadera belleza. Su actitud, su porte, muestra que en su foro interior hacen cálculos para lograr sus fines, y es eso lo que es feo y se transparenta. Sentimos que son mujeres "fatales", como decís, mujeres que van a traer desgracias a los demás. La belleza es algo más sencillo,

más ingenuo, más natural, no tiene estas astucias, estos cálculos, no es muy inteligente, pero es buena.

Hay que ejercitarse durante mucho tiempo para poder discernir estos matices. Se trata de algo muy sutil que no proviene solamente de los rasgos o de las formas. Ciertas mujeres pueden ser bellas, pero se siente que emanan de su cuerpo astral unas ambiciones o unos deseos terribles que van a arruinar a los demás. En una existencia anterior trabajaron durante mucho tiempo con las cualidades y las virtudes para tener este rostro o este cuerpo; ahora ya no trabajan en el mismo sentido, pero, como el cuerpo físico no cambia tan rápidamente, aunque ya esté decayendo, resiste aún, y muestra todavía algo de su antigua gloria. Están cubiertas de deudas, pero el castillo sigue siendo aún espléndido, porque las piedras son sólidas. Porque el cuerpo físico es eso: las piedras del edificio, pero al cabo de algún tiempo las piedras también se desmoronan. Así es cómo se explica que la belleza siga manteniéndose aun exteriormente, cuando la fealdad y el vicio ya se han instalado dentro.

También puede suceder lo contrario: alguien que tenga muchas cualidades y virtudes y que físicamente sea feo, esté deformado, porque la vida desordenada que llevó en una existencia anterior se refleja ahora en su cuerpo físico. Aunque después haya cambiado, porque recibió lecciones, comprendió y se arrepintió, estos cambios no pueden reparar inmediatamente los daños materiales; hace falta tiempo, pero se ve que ya tiene una belleza interior. Os acordáis cómo describe Víctor Hugo a Quasimodo: tan feo, pero interiormente con un amor, con una abnegación, con un desinterés que llegaban a transfigurarle. Diréis que Quasimodo es una creación de Víctor Hugo. Sí, pero casos de estos existen. Yo he visto, a veces, a seres muy primitivos exteriormente, pero, interiormente, ¡qué finura, qué delicadeza, era increíble!

Así pues, el que lleva una vida interior verdaderamente ordenada, armoniosa, trabaja, sin saberlo, para preparar, modelar su rostro y su cuerpo. Es difícil, claro, lleva tiempo, pero es absolutamente seguro. Y un día volverá a la Tierra con un cuerpo angélico, divino.

Ahora, cuando os encontréis con mujeres y hombres en vuestra vida, observad si su belleza es solamente exterior, si no se manifiesta ya la fealdad o, al contrario, si la fealdad exterior no esconde un alma espléndida. ¡Cuántas veces he hecho esta experiencia! A menudo, al pasearme, miraba a la gente y a veces me atraía la belleza de un hombre o de una mujer, pero cinco minutos después ya no quería ni siquiera mirarlos porque descubriría todo un infierno dentro de ellos. Sí, y, sin embargo, en el primer minuto estaba cautivado: porque al principio sólo vemos lo exterior, eso es lo que nos llama la atención. Pero, en cuanto profundizamos, estamos horrorizados. Mientras que, en otros, que parecen al principio personas mediocres, descubrís, poco a poco, toda una poesía y una belleza escondidas.

La mayoría de los humanos sólo se ocupan de lo exterior y se gastan en ello sumas fantásticas. Si se ocupasen de embellecerse interiormente tanto como se ocupan de embellecerse exteriormente, serían unas maravillas. Todo lo que hacemos exteriormente no dura, muy pronto después hay que volver a empezar. Mientras que las mejoras interiores quizá sean lentas, pero estáis absolutamente seguros de que serán duraderas. Consagrad, pues, al menos media hora cada día a embelleceros. Hay que ir a los institutos de belleza, pero de otra clase. Por la mañana, a la salida del Sol, por ejemplo, ¡Ahí tenéis un buen instituto de belleza! Porque, al mirar el Sol que se levanta, algo cambia en vuestro cuerpo etérico, en vuestro cuerpo astral, en vuestro cuerpo mental. La naturaleza, los lagos, los bosques son también institutos de belleza. Pero el mejor de todos se encuentra dentro de vosotros mismos, y ahí es donde debéis entrar para trabajar: cada día podéis poner remedio a ciertas imperfecciones interiores con los colores del arcoíris.

En este instituto de belleza interior no sólo podéis mejorar vuestro rostro, sino vuestro cuerpo entero, pero ni siquiera vale la pena que os ocupéis más de vuestro cuerpo actual, ocupaos, más bien, de construir un cuerpo nuevo, el cuerpo de luz, el cuerpo de gloria del que hablan las Escrituras. Cada Iniciado se ocupa de construirse este cuerpo con todo lo más sutil, lo más puro, lo más divino que hay en sí mismo. Cada vez que puede vivir instantes sublimes de poesía, de adoración, de sacrificio, etc.,

recoge materiales gracias a los cuales trabaja con este cuerpo como con una estatua. Sabe que un día abandonará su cuerpo físico, que es mortal y que no puede transportar a las regiones alejadas del espacio, y por eso trabaja con este cuerpo de gloria: todos estos materiales que ha ido a buscar muy arriba durante sus meditaciones, sus contemplaciones, todas estas emociones sublimes, le sirven para formarlos; y el cuerpo de gloria puede llegar a ser tan radiante y poderoso que incluso es capaz de levantar el cuerpo físico y de desplazarlo a través del espacio. Entonces es invulnerable, está a resguardo de todo, ha alcanzado su alto refugio, se ha vuelto inmortal.

Construir el cuerpo de gloria, he ahí la tarea más gloriosa, la única que merece la pena emprender. Pero, para eso, hace falta habituarse, ya desde la infancia, a trabajar con el pensamiento, a crear con el pensamiento. No basta sólo con aprender, lo que es una actitud pasiva, sino que hay que saber actuar con el pensamiento, es decir, saber reaccionar, remediar, intervenir en la vida interior. Hay que ser como los niños: les dan pequeños cubos y llegan a construir con ellos toda clase de cosas. Es muy útil dar a los niños cosas con las que puedan construir e inventar, porque eso desarrolla sus facultades creativas. La necesidad de actuar con el pensamiento, de dejar una impronta, no está suficientemente desarrollada en los humanos.

Este lado activo, dinámico del pensamiento es muy importante. Es incluso lo más importante. Pero, para poseerlo, hay que haber nacido bajo una buena estrella, como se dice. En un horóscopo, esta facultad de trabajar con el pensamiento está indicada por la posición de Marte y de Mercurio, en conjunción o en buen aspecto. Pero hace falta que Júpiter también intervenga, así como Venus y el Sol, porque, si no, el poder estará ahí, pero no será un poder benéfico. Marte y Mercurio dan la capacidad, el aguante, la continuidad, pero no os impulsan obligatoriamente por el buen camino. Son fuerzas intelectuales, fuerzas de voluntad que pueden ser utilizadas bien o mal. Pero si Júpiter, Venus, o el Sol vienen también a decir su palabra, toda la actividad se orienta en la mejor dirección: la colectividad, la armonía, la generosidad, la luz, la gloria divina.

Hay que amar la belleza y desearla, desde luego, pero la belleza sola, la belleza que no está al servicio de algo superior puede llevar a las mayores desgracias. ¡Cuántos hombres se han suicidado a causa de una mujer bonita, porque esta mujer bonita provocaba los celos y la envidia de todos! La belleza debe estar al servicio de una idea para que pueda elevar a los humanos, porque, si no, es peligrosa, es nociva. Desgraciadamente, la mayoría de las mujeres bonitas se sirven de su belleza para obtener lo que ellas desean: dinero, gloria, pero en absoluto para hacer el bien a los demás, para hacerles evolucionar, ennoblecerles, para convertirlos en poetas. La belleza es un arma de dos filos, puede hacer el bien y puede hacer el mal. Las mujeres, pues, deben ser conscientes del uso que hacen de su belleza, y no olvidar nunca que el Cielo las vigila. Es el Cielo el que les ha dado esta riqueza y se interesa por saber cómo va a ser utilizado este capital. Si ve que la mujer se sirve de este capital solamente para satisfacer sus caprichos y su egoísmo, no sólo más tarde le quitará esta belleza, sino que le dará alguna enfermedad o algún acontecimiento desgraciado.

Y esto no sólo es verdad para la belleza, sino también para la riqueza, para la ciencia, la gloria, la fuerza. ¡Cuántos inconvenientes si no somos dueños de la riqueza! Vamos a querer saborearlo todo, probarlo todo, exterminar a nuestros enemigos, y después, ¡cuánto karma a pagar! Los hombres no saben lo que hay que pedir, ni los peligros de lo que piden. Piden siempre cosas complicadas que les harán sufrir. ¿Por qué no piden ser perfectos, ser servidores de Dios? ¿Por qué no piden la luz, el amor divino, la pureza? La pureza nunca les causará ningún perjuicio, ni el amor divino tampoco, ni la luz. Tenemos que saber que, mientras tengamos sólo deseos de adquisiciones terrenales, habrá siempre un lado bueno y uno malo, y que seremos desgraciados.



www.laenseanza.org